

## Ser docente ante la incertidumbre y el desconsuelo en tiempos pandémicos

Angélica Rodríguez Abad

Doctora en Ciencias Sociales. Académica en la Facultad de Ciencias para el Desarrollo Humano de la Universidad Autónoma de Tlaxcala, Tlaxcala. arodriguez\_a\_fcdh@uatx.mx

La cotidianeidad, las alarmas, la rapidez, la aglomeración, el caos, el tránsito vehicular, el tiempo entre el hogar y los espacios laborales sufrieron un alto ante una pandemia mundial que hasta ese momento desconocíamos sus impactos. A finales del año 2019 los noticieros y las redes sociales hablaban de un virus que afectaba gravemente la salud de las personas, pero al saber que se encontraba a cientos de kilómetros de nuestros hogares no le dimos importancia. De hecho, era un tema que no formaba parte del entendimiento humano, ni de las charlas habituales a la hora de la comida o la cena, ni mucho menos rondaba nuestras cabezas.

Poco a poco los rumores, los noticieros de radio y televisión y publicaciones en Facebook, Twitter y WhatsApp se hablaba sobre el “coronavirus”, en el que se indicaba que un mercado de comida en la ciudad de Wuhan, China se había iniciado el brote de un virus altamente infeccioso, los contagios y las muertes comenzaron a alarmar a otros países y posteriormente al mundo entero. Hasta ese momento imaginábamos lo infortunado para esas personas haber muerto tan repentinamente, mirábamos a lo lejos cómo en un contexto oriental las cosas se habían complicado.

Bastaron tres meses para que el virus se propagara a diferentes lugares del mundo. Fue en el mes de marzo de 2020, que la Organización Mundial de la Salud (OMS) declaró que mundialmente nos enfrentábamos a una pandemia global ante el brote del SARS-CoV2, nombre científico del virus. En el lenguaje cotidiano, coronavirus y posteriormente la Covid-19 formó parte de nuestras preocupaciones y diálogos.

---

A partir de la declaración oficial de la OMS, los países del mundo tomaron medidas sanitarias a fin de garantizar la salud de sus habitantes, entre ellos fue el cierre total de las fronteras y así evitar el ingreso de otras personas al país. No obstante, esto generó caos en los aeropuertos, donde personas de diferentes nacionalidades quedaron varadas en espera de vuelos que los llevara de vuelta a sus países y hogares de origen, pero en muchos casos fue necesario hablar a las embajadas y solicitar a las aerolíneas un boleto de avión.

Mientras maneábamos o viajábamos en transporte público, escuchábamos la radio para estar informados de las últimas noticias. El caos en el otro lado del mundo fue el primer referente de la ola de contagios que llegarían a nuestro país, pero también de lo que nos enfrentaríamos en materia de salud, de comunicación, de alimentación y de reservas básicas para la sobrevivencia humana.

En México, los primeros casos de coronavirus se presentaron a inicios del mes de marzo. Fue en ese momento que todas las alarmas se hicieron sonar, se estableció una serie de conferencias televisadas, a fin de exponer públicamente las zonas cero donde se iniciaba la propagación de casos de personas infectadas por el virus. Las autoridades sanitarias nos recomendaron un aislamiento social, lo que se tradujo en la obligatoriedad de no salir de los hogares. Entre las recomendaciones generales se indicó que se debía evitar las aglomeraciones en los espacios públicos, no visitar a familiares, no reuniones, no festejos, en caso de salir mantener una distancia de un metro y medio con el resto de las personas. Las compras de pánico en centros comerciales fueron documentadas, los estantes poco a poco se vaciaban por quienes tenían mayor capital para adquirir productos, por tanto, fue evidente que las personas que no tenían recursos económicos para proveerse de reservas hacían evidentes las diferencias sociales. Los mercados municipales continuaban activos, principalmente porque eran la fuente de trabajo para cientos de personas; allí se implementaron medidas para ingresar como el uso de cubrebocas, el gel antibacterial y lavarse frecuentemente las manos.

Mientras el caos y la incertidumbre se apoderaba de la sociedad, en nuestros espacios de trabajo se estableció un paro de actividades,

se hablaba de una cuarentena para resguardarse y protegerse. En el ámbito educativo, las reuniones con carácter de urgente vislumbraban las medidas que debíamos tomar como docentes para proteger a nuestro estudiantado y a las familias, se crearon grupos de WhatsApp para estar comunicados sobre las decisiones que se tomarían en la institución para continuar con la labor docente, establecer acuerdos sobre aquellos docentes que eran más susceptibles de contraer el virus, ya que en esos momentos se sabía que las personas mayores eran quienes podrían infectarse y morir. Con el paso de los días y por grupos de edad fuimos cerrando aulas, cubículos y las instituciones educativas.

En casa, los mensajes llegaban continuamente a nuestros teléfonos celulares. Durante las primeras semanas, se dio un alto total a las clases y se comenzó a vislumbrar que la labor docente transitaría de lo presencial a la virtual a través de plataformas digitales, que hasta ese momento desconocíamos. Fue allí una ruptura sobre los significados de ser docentes, ya que mayoritariamente nuestra formación educativa se construyó en escenarios establecidos, con cátedras presenciales, interacción y retroalimentación; el choque entre lo aprendido en nuestras formaciones académicas trajo un parteaguas coyuntural sobre ser profesores en estos momentos pandémicos. A través de YouTube y de Google se indagaba sobre qué plataformas existían para realizar reuniones virtuales y que fuera posible la reunión de varias personas conectadas a la vez, muchos de nosotros habíamos trabajado con Skype para videollamarnos con otras personas, pero aún no teníamos claridad de cómo se lograría que varios pudieran conectarse a la vez para interactuar e impartir una clase.

Algunos recurrimos a los estudiantes quienes ya conocían algunas plataformas y nos sugirieron qué plataformas existían para este tipo de reuniones. A través de llamadas y mensajes por teléfonos celular, nos recomendaban plataformas como Zoom y Google Meet, a través de sus experiencias nos compartían sus conocimientos para la apertura una cuenta y aprender cómo mandar las ligas para que se conectaran, de hecho como docentes cometimos errores al momento de enviarlas con fechas equivocadas e incluso compartir información privada de los

---

registros. Pese a ello, los estudiantes empatizaron con los docentes a fin de señalar algunos errores, el acompañamiento permitió el aprendizaje horizontal y saber que ante temas tecnológicos las generaciones actuales llevan una delantera.

Fuimos testigos de cientos de docentes que se hicieron populares por la creatividad por grabarse y subir sus videos a Facebook o YouTube. Algunos fueron aplaudidos por sus propuestas educativas, algunos otros fueron duramente criticados por la forma de enseñanza, pero ante un contexto pandémico y la referencia de la vieja escuela en el que “la letra con sangre entra”, era el modelo a seguir para lograr que las y los estudiantes aprendieran. Pero justo en este momento turbulento y desolador, esos profesores poco empáticos y exigentes fueron boicoteados y lacerados fuertemente por las redes sociales, por personas desconocidas para ellos, pero que los medios de comunicación expusieron en todas las plataformas digitales para vender y señalar.

Desde las instituciones educativas se realizaron seminarios y talleres dirigidos en primera instancia a docentes y posteriormente a estudiantes, a fin generar ambientes virtuales de aprendizaje para compartir textos, crear actividades didácticas y la revisión de trabajos. Entre las plataformas más adecuadas fueron Moodle y Classroom, ya que ambas podían ser revisadas en computadora y teléfonos celulares. Sin embargo, en otro de los escenarios también fue evidente que no todos los docentes y estudiantes poseían una computadora, teléfono celular e internet, por lo que fue necesario hacerse de los recursos materiales y adecuar los espacios domésticos para dar inicio con las clases virtuales. He aquí donde se comienza a vislumbrar las primeras incertidumbres ante la desigualdad para ejercer la docencia y ser estudiante en tiempos pandémicos.

Desde las primeras sesiones de trabajo se hizo evidente el difícil acceso y conexión de los estudiantes quienes no tenían los recursos, quienes en momentos de crisis sanitaria debían apoyar a sus familias con la obtención de otros ingresos económicos, ya que gran parte de los integrantes se dedicaban a actividades comerciales y algunos de ellos quedaron desempleados desde las primeras semanas, debido al

cierre total o parcial de algunos comercios donde eran empleados. Fue allí, en el que algunos docentes buscaron estrategias para hacer llegar las actividades a fin de evitar la deserción de los estudiantes, algunos otros optaron por llevar sus clases a las comunidades más alejadas y que por los contextos no existía cobertura de internet. Más allá de romantizar el ejercicio docente, ha sido evidente la desigualdad social que se ha agudizado no sólo ante la llegada del coronavirus, sino que desde años atrás venían presentándose el rezago educativo ante la falta de políticas públicas y el reconocimiento de las desventajas en entornos periféricos.

Sin embargo, esta propia desigualdad se hizo evidente en esos contextos, en el que las personas debían salir a buscar el sustento del día, esa posibilidad de quedarse en casa era imposible, ante la necesidad de comer o de proveer de medicamentos a los enfermos. Los hogares no tenían posibilidad de crear espacios soñados y construidos desde una visión clasista de la educación, fueron esos escenarios donde se vislumbraron las carencias que impedían que todos accedieran y continuaran con su formación escolar.

Asimismo, desde las propias experiencias de los docentes hicieron evidentes que el trabajo en casa sobregiró y sobrecargó su labor educativa, la dificultad de correlacionar sus roles como profesores, padres, madres, cuidadores y diferenciar entre el espacio laboral y el espacio doméstico generó un confinamiento atiborrado, al no situar los tiempos dedicados a cada una de las actividades de su vida cotidiana presentadas en un mismo escenario: el hogar. Las esferas entre lo público y lo privado se desvanecieron, los días no tenían día o noche, las responsabilidades se acrecentaron, los correos electrónicos, los mensajes de WhatsApp y las actividades atiboraban el día y más pendientes se hacían interminables; todo ello vinculado con la elaboración de alimentos, el trabajo doméstico y el acompañamiento de quienes también debían tomar clases virtuales. Poco a poco, las violencias se proliferaron en los hogares y el caos ante la incertidumbre por lo que la emergencia sanitaria hacia evidente: *los contagios y las muertes de personas cercanas*.

---

Los contagios y la incertidumbre de ser atendidos ante un sistema de salud colapsado dieron pie a reconocer que la pandemia nos había rebasado. De ser conscientes que ante el tema de la muerte por Covid-19 todos somos vulnerables, pero también de los cambios presentados en los rituales de despedida, de los acompañamientos y las condolencias. En pocas palabras, esta ha sido una etapa histórica-coyuntural difícil de olvidar, no sólo por los cambios que se han presentado, sino porque aún no sabemos cuánto tiempo hace falta para que esto termine. Como docentes tenemos la duda de cuando se regresarán a las aulas, si la vacuna marcará un antes y un después, si la nueva normalidad será la nueva cotidianidad para esta y futuras generaciones. De seguir así, es probable que muchos estudiantes transiten eventualmente en su nueva escuela o su salón de clases, en el que las relaciones e interacciones se agudicen en la vida online ante una mayor individualización, enajenación y egocentrismo producto de la virtualidad, pero también agudice la desigualdad ante un mundo caótico en tiempos pandémicos.

Mientras la pandemia siga e impacto nuestra labor docente, tenemos la responsabilidad de transitar fronteras enmarcadas en contextos diversos y complejos, el repensar que, pese a las dificultades la creatividad y la imaginación permitirá encontrar caminos viables que hagan efectiva la enseñanza y el aprendizaje a nuestro estudiantado. Pero también sabernos y reconocernos empáticos con el dolor, la carencia y las particularidades de quienes vivencian estos trayectos ante la dificultad de acceder al conocimiento. El reinventarnos y readaptarnos es parte medular que permitirá que nuevas generaciones y futuros egresados recuerden este momento como un parteaguas simbólico de lo vivido, lo aprendido y lo experimentado